

## 6. Consideración final

Cerremos con esto la estética, en favor de una ojeada final que echaremos a un círculo mayor de problemas. Al término de nuestras consideraciones, que nos han llevado a través de los dominios fundamentales y más franqueados, y que —aunque hubo que renunciar a la filosofía del derecho y la de la religión y sólo rozarse pudo la filosofía de la historia— nos habrán dado de todos modos una introducción en el pensar filosófico actual, vamos a volvernos una vez aún a la filosofía en su totalidad. ¿Qué lección se puede sacar de todo lo que aquí se expuso? En parte se indicó ya anteriormente una respuesta a esta pregunta: reconocemos que los sistemas filosóficos propiamente tales se han acabado. En sí ya no son posibles desde el gran trabajo crítico hecho de Descartes a Kant, desde la aparición de la cuestión de la *realitas objectiva*, decidida finalmente por Kant con la deducción de los conceptos puros del entendimiento. Vemos cómo se derrumban uno tras otro como castillos de naipes, en cuanto se tocan sus mal puestos e inseguros fundamentos. Pero entonces ¿cómo pudieron surgir justamente después de Kant los más grandes sistemas que jamás se hayan edificado? Esto no es explicable de otra suerte sino porque entonces no fue capaz de abrirse paso el conocimiento del peligro que un traspaso de límites trae consigo para el trabajo filosófico serio. La forma más frecuente de semejante traspaso de límites es la que consiste en emplear una categoría de índole superior volviendo hacia atrás y hacia abajo, para interpretar con ella el mundo entero, por ejemplo, teleológicamente. De esta manera se obtiene, ciertamente, una bella imagen del mundo ante la que puede sentirse edificación estética. Pero justamente en el efecto estético, en la plasticidad, está el peligro de que se tenga erróneamente por verdadera una imagen semejante del mundo. El pensar crítico es, en cambio, difícil, especialmente cuando va contra nuestra “necesidad metafísica” (Schopenhauer), que nos empuja a concebir el mundo en la forma que tenga el mayor sentido y resulte lo más abarcable con la vista y favorable posible.

Según una expresión de Hegel, es la imagen del mundo que nos creamos los hombres en la filosofía la conciencia del mundo. La significación de esta frase va más allá del sistema de Hegel. La filosofía es, sin duda, la conciencia del mundo en la que el hombre, en cuanto situado en el mundo, es consciente de éste y de sí mismo. En último término se trata del hombre y de su situación en el mundo, y toda filosofía es, justo, un intento de traer a la conciencia lo que él es como situado en el mundo. La filosofía no es el único intento de esta índole. También el arte y la religión tienden a llegar a tal meta. Por eso tampoco para Hegel encuentra la conciencia del mundo en la filosofía su única forma, sino sólo la suprema. También en la religión y el arte se llega a una conciencia de este mundo.

Esto no es comprensible de suyo. Puede tener su justificación según los supuestos del sistema hegeliano. Pero no pueden aceptarse sin más tales supuestos. Si se parte de la estratificación del mundo, puede sacarse también una consecuencia semejante sobre una base más segura. El punto de este mundo del que puede partir una conciencia del mundo está en el supremo estrato; allí se trata del conocimiento. En éste cuenta no sólo el conocimiento conceptual, que por sí solo no puede conducir a una vista de conjunto del mundo, sino que a él pertenecen también el conocimiento sensible, toda forma de intuición en general. El conocimiento significa que hay en nuestro espíritu una coordinación con el mundo y sus grados (dibujo, enfrente). A la aplicación del espíritu a los distintos estratos responden determinadas ciencias, así a la aplicación al reino de lo inorgánico la ciencia natural, al reino de lo orgánico la biología y al reino de lo psíquico la psicología. El grado supremo lo alcanza el espíritu allí donde se aplica a sí mismo. Porque el espíritu es capaz de tener conciencia de sí mismo, es por lo que hay aquí de hecho la posibilidad de una autoconciencia del mundo.

Como había visto Hegel con toda justeza, se encuentra en tres formas: la filosofía, la religión y el arte. No hay ninguna religión que no tenga la pretensión de ser una visión del mundo. Y también el arte aspira a una vista en la que resulte apresable de alguna manera la totalidad del mundo. La obra

de arte que crea el artista y goza el contemplador es necesariamente individual, es un objeto singular. Pero sólo es efectivamente una obra de arte cuando en su fondo hay algo que apunta a mayores órdenes de cosas. En algunas grandes obras de arte se encuentra en forma especialmente impresionante un amplio fondo de visión del mundo. Los más de nosotros



quizá tropezarán justamente en la contemplación artística con algo que en el resto de la vida sólo experimentan a la vista de grandes destinos. Así, nos enfrenta el arte cosas que de otra suerte no somos capaces de contemplar, pero cuyas últimas profundidades no son accesibles a nuestro saber, aun cuando las ponga ante nuestros ojos la contemplación artística. A estas últimas cosas nos acerca también el pensar filosófico; aquí se halla próximo a la contemplación artística y la piedad religiosa. Pero cuanto más hondo miramos en los enigmas insolutos que deja a su zaga la ciencia y recoge la filosofía, tanto más claramente vemos un resto irracional en los problemas metafísicos. Podemos, sin duda, acercarnos cada vez más a él, pero nunca resolverlo del todo.